



# Noticias



**PREMIO GIGANTE  
DEL ESPIRITU 2021**



a **ADOLFO SUAREZ GONZALEZ**, a título póstumo, por haber establecido los cimientos de la Transición política española, recuperar la democracia en ESPAÑA y recobrar los derechos y libertades para los españoles.

Nacido en Cebreros (AVILA), el 25 de septiembre de 1932.

Fallecido en Madrid, el 23 de marzo de 2014.

Presidente del Gobierno de España, desde 1976 hasta 1981.

(q.e.p.d.)



## “ADOLFO SUÁREZ, EL CABALLERO SIN TACHA Y SIN MIEDO”

*ANTONIO COLOMER VIADEL*

---

En medio de esta exaltación mitómana de la figura de Adolfo Suárez en el momento de su muerte, en donde una amnesia colectiva ha llevado a tantos que lo maltrataron de palabra y lo traicionaron de obra, en vida, a unirse cínicamente a ese coro del panegírico, destaca, en contraste, esa intuición que siempre tiene el pueblo y sus gentes sencillas que manifiestan un dolor auténtico y la creencia de que se lloraba a un personaje que sí entendía a su pueblo y los sirvió por encima de intereses egoístas de distinta naturaleza.

Recordaba estos días a aquel personaje del siglo XVI, el capitán francés Pierre Terrail, señor de Bayard, guerrero en las campañas de Italia al servicio de la Corona francesa que también pasó a la leyenda como el caballero sin miedo y sin tacha. Creo que una definición así encaja bien en la figura de Adolfo Suárez, a pesar de todas las incomprensiones anteriores. Ciertamente, es increíble como en tan poco tiempo, -ese mandato de presidente de Gobierno de 1976 al 1981-, se puede desmontar un régimen autoritario y establecer un Estado de Derecho democrático en donde las libertades sean garantizadas así como la participación plural de fuerzas políticas muy distintas, y acabar construyendo el marco constitucional en donde esa convivencia y esa concordia fuera posible, a través de un amplio consenso en donde se pudo coincidir, desde el pluralismo, para abordar aquellos pactos de la Moncloa, respaldados por todas las fuerzas parlamentarias que permitieron un proceso de regeneración social, económica y política de un país en una situación muy grave. Y finalmente, darse la Constitución del 78 que abordó con valentía el contencioso histórico de la

descentralización y las autonomías, desde la primacía de la existencia histórica de una España constitucional irrenunciable.

Cuando llegan las primeras elecciones democráticas de junio de 1977, sin desconocer el esfuerzo titánico de esta transformación, aun critiqué la creación de un partido desde el poder, la Unión de Centro Democrático, el partido de Suárez, y la puesta al servicio del mismo, en la campaña electoral, de todo el aparato del Estado. Como secretario general del Partido Laborista por el que me presenté en Valencia a las elecciones, también constaté, dentro de la alegría general por aquella fiesta de participación democrática, que los enormes recursos económicos de los grandes partidos hacían casi inviable la participación por libre de los ciudadanos o de los pequeños partidos sin recursos como el nuestro. En el prólogo al libro “Una solución de izquierda para España”, publicado en mayo de 1977 en la editorial que habíamos creado, La Hora de Mañana, constataba la ilusión porque se abriera de nuevo el camino a la participación democrática de los ciudadanos, y esa esperanza no la empañaba la algarabía y el frenesí de esas vísperas electorales, en donde los causantes de tantos desafueros quieren sucederse a sí mismos, sustituyendo la fuerza de la razón por el bombardeo de la propaganda.

En los tiempos que siguieron esa tarea titánica de gobierno me fue mereciendo cada vez más respeto y consideración. Me pareció muy valiosa la propuesta participativa que el texto constitucional incluyó no sólo en política sino en economía, al proponer el fomento de las empresas cooperativas o de la participación de los trabajadores en la propiedad de las empresas. Lo que, por cierto, luego no ha tenido el subsiguiente desarrollo legal.

Me pareció también impresionante esa combinación de lucha contra el terrorismo desencadenado y hacer frente, con serenidad y templanza, a las descalificaciones y menosprecios de una oposición y una prensa también desencadenadas en un frenesí de enemistad y odio contra el presidente.

Hace unos meses acepté participar en la comisión que promovía la petición del Premio Nobel de la Paz para Adolfo Suárez, petición que creo debería haberse realizado hace mucho tiempo.

Cuando publiqué el informe sobre esa petición en nuestro periódico digital La Hora de Mañana ([www.lahorade.es](http://www.lahorade.es)), con sus formularios y la carta dirigida al comité del Premio Nobel en Noruega, hice una entradilla en la que justificaba nuestra suma a esa propuesta y entre otras cosas escribí, “se enfrentó al mismo tiempo a tres enemigos muy poderosos: los sectores reaccionarios de la Iglesia Católica, los militares añorantes del pasado y la cúpula de una Banca, egoísta y usurera, que quería subordinar el bien común a sus beneficios personales. En esto no ha habido demasiados cambios”.

La apertura de la legislación social y el reconocimiento del divorcio, la regulación del aborto, el mayor papel del Banco de España para controlar a la banca privada y la subordinación de esos militares al orden democrático fueron sus conquistas así como la pretensión de una concordia entre los distintos agentes sociales y políticos y el respeto a la diversidad territorial.

El espectáculo repugnante de tantos jefecillos dentro de la UCD navajeando a su líder y vendiendo sus confidencias, incluso los secretos del gobierno, al mejor postor de partidos políticos ajenos en los que se pensaba encontrar acomodo, el acoso despiadado de los medios y gran parte de la oposición, y círculos militares no le hizo ceder ante los chantajes ni desanimarse en su tarea. Finalmente intentó cumplir con el mejor servicio a su pueblo con esa dimisión, para evitar que la democracia fuera un simple paréntesis en la historia de España.

Quedó en el aire la pregunta, después de su ejemplo de extraordinaria dignidad y coraje el 23F, negándose a doblegarse ante los militares golpistas, de si debía haber explicado a los españoles las razones y las causas, con nombres y apellidos, de esa conspiración que intentó evitar en sus efectos aniquiladores de la democracia, con su dimisión. Algún tiempo más tarde yo me atreví

a preguntarle, ante la reiteración de tantos electores en campaña, que nos reprochaban que el presidente Suárez no hubiera dado a conocer aquellas razones, la conveniencia de explicarlas y tal vez convocar a continuación un referéndum consultivo para que los españoles directamente le respaldaran o no, en esa terrible alternativa que le enfrentaba con los poderes fácticos existentes. Me contestó con una sonrisa y un gesto enigmático que interpreté como que no le hubieran dejado.

Por todas estas consideraciones acepté formar parte de la primera comisión gestora del Centro Democrático y Social (CDS), en Valencia que muy pronto iba participar en las elecciones parlamentarias de 1982. Él ya tenía el enorme caudal de la obra gigante realizada en un tiempo increíblemente corto, que ahora se le reconoce pero se le vió con la ilusión de que el pueblo español se lo reconociera de inmediato y emprender otra titánica tarea, la de doblegar a esos poderosos resortes de poder que hemos citado y hacer un país más justo y de avanzada social en el que los intereses del pueblo, el viejo bien común, se impusiera rotundamente a tantos intereses mezquinos y parciales.

Muchas de estas resonancias se encuentran en aquel programa electoral del CDS donde se hacían referencias al personalismo comunitario, a la dimensión cooperativa de la economía y a objetivos sociales que se consideraban irrenunciables.

En el primer mitin de presentación del CDS, en Valencia, en el año 1982, en el Hotel Rey Don Jaime, la comisión gestora me pidió que en presencia de Adolfo Suárez y de todos los simpatizantes y afiliados allí reunidos, diera el discurso de aquella noche, antes de las palabras del presidente. Me referí al equilibrio necesario para alcanzar la dimensión de persona entre individuo y comunidad y también a la dimensión solidaria de la persona, entre el individualismo egoísta y ese colectivismo gregario en el que se disuelve lo personal y solo funciona la obediencia debida, para justificar cualquier crimen. Recuerdo que al final, Adolfo Suárez, más allá de la felicitación protocolaria, me dijo que sobre esas ideas



había que profundizar y en torno a ellas construir nuestro proyecto político.

Poco después, el 20 de octubre, se produjo la tragedia del derrumbamiento de la presa o pantano de Tous, con las inundaciones terribles que afectaron a pueblos de la Ribera Alta y Baja de Valencia y se convirtió la campaña electoral en una campaña de auxilio a los damnificados. Adolfo Suárez quiso ir a visitar algunos pueblos de esa zona para conocer personalmente la magnitud de la catástrofe y para ello alquilamos un automóvil todo terreno. Insistió en que quería ir anónimamente para que en ningún momento su presencia se pudiera interpretar como un manejo electoral. Con su sentido del humor nos dijo que él se tapaba con una mano la nariz y así no lo reconocía nadie. En aquel viaje en donde le acompañé, algunas de las opiniones anteriormente transcritas formaron parte de nuestro diálogo. Él siempre tuvo un respeto casi reverencial hacia la autoridad del conocimiento o intelectual y cómo se ha dicho tenía esa virtud de verdadera “esponja” para asimilar rápidamente toda la información que se le facilitaba, a su solicitud. Pese a tener yo 10 años menos que él siempre me llamó profesor y yo le llamaba presidente, tuteándonos. Al año siguiente, estando de profesor en la Universidad Autónoma de Madrid, pusimos en marcha la Revista Iberoamericana de Autogestión y Acción Comunal, RIDAA ([www.ridaa.es](http://www.ridaa.es)), en cuyo primer número publiqué el artículo fundacional “El paradigma recobrado de la comunidad de hombres libres”, núcleo de lo que iba a ser una filosofía política alternativa. Se lo remití recordándole que muchas de estas ideas son las que iniciariamente expuse en aquel acto de Valencia, de octubre de 1982.

Seguí apoyando, sin ningún cargo orgánico pero con propuestas e ideas a ese CDS en el que no quise ser candidato, tal vez por mi vieja fidelidad laborista, pero en el que lealmente colaboré porque veía una posibilidad abierta de cara al futuro para nuestro país. Tal vez Suárez soñó con protagonizar una segunda transición, la ya citada del sometimiento de los poderes fácticos al interés general.

Poco a poco lo ví más melancólico, y supe del cerco y asfixia que la Banca hizo a nuestro partido para ahogarlo electoralmente. Ese sueño se iba apagando ante un cerco tan inmisericorde.

Recuerdo, sin embargo, otra circunstancia extraordinaria. Antes de la campaña presidencial argentina de 1989, en la que fue elegido presidente de aquel país, Carlos Saúl Menem, este político vino de viaje a Europa y tenía especial interés en su visita a España. El embajador Cámpora, embajador argentino, creo que en Suiza, a través del sociólogo Norberto Ceresole, también peronista, me pidió si podría organizar algunos encuentros en Madrid para Carlos Menem. Tenía interés en entrevistarse con los dirigentes de la Xunta de Galicia y así lo hicieron en el Hotel Palace donde se alojaba. También en este hotel organizamos una cena para académicos, profesores, intelectuales que se celebró con una amplia asistencia. Sobre todo tenía un gran interés Menem en entrevistarse con Adolfo Suárez aunque ya entonces estaba de salida de la política y fuera del poder.

Concerté esa entrevista y acompañé a Menem y a algunos otros miembros de su grupo al despacho de Suárez. Después de las presentaciones hice intención de retirarme y Adolfo me pidió: profesor, quédate con nosotros. Recuerdo que la primera pregunta que Menem le hizo al presidente Suárez –así se dirigió a él- fue cómo se conseguía disciplinar y someter a los militares. Adolfo sonrió, con esa sonrisa luminosa suya, y le dijo “usted debe dejar claro desde el principio la supremacía del poder civil de origen democrático sobre cualquier otro poder y especialmente a los militares que sólo son funcionarios al servicio del país bajo las órdenes del titular de ese poder civil”. Carlos Menem después de otros comentarios sobre sus entrevistas en Francia y en otros países europeos le entregó, los folletos “el salarizado” y “la revolución productiva”, al servicio de ese proyecto profundamente social que él proponía en su campaña –folletos que desaparecieron por arte de magia una vez elegido presidente, para imponer una política

económica reaccionariamente neoliberal y contradictoria con lo que en ellos se decía.

Adolfo elogió ese compromiso social e incluso añadió que esa supremacía del poder civil sólo debía estar al servicio del pueblo y, por descontado, subordinar a él también a los otros poderes económicos y sociales.

Me duele que esta enorme obra histórica realizada por Adolfo Suárez estableciendo una democracia estable en nuestro país con garantías de derechos y libertades, no pudiera ser complementada con esa otra obra de transformación social y justicia, que intuyo, él soñó iniciar en esa segunda etapa política. Tal vez debiera haber esperado más tiempo hasta que verdaderamente se le añorase. Tal vez la asfixia de los poderes fácticos impidió desarrollar el proyecto, tal vez hubiera necesitado un cuerpo político militante más intenso y homogéneo para perseverar en la travesía del desierto...

En todo caso, en medio de este espectáculo deleznable de estos últimos tiempos, de corrupciones, miserias, egoísmos, exaltación de oportunistas y trepas, nos queda, junto a tantos héroes anónimos de nuestro pueblo que luchan por sacar adelante a sus familias, con coraje y tenacidad y con una actitud cabal y digna, el testimonio de algunos hombres de nuestra época que nos hacen sentirnos orgullosos de haberles conocido y de haber sido coetáneos suyos. Por encima de esa coetaneidad siempre me he sentido orgulloso de pertenecer a un pueblo al que perteneció una figura como Miguel de Cervantes. Hoy quiero, finalmente, reconocer mi orgullo por pertenecer a esa comunidad en la que vivió y acaba de morir Adolfo Suárez, el hombre sin miedo y sin tacha.

Diario de Ávila, 13 de ABRIL de 2014